

Sus palabras se aproximan a su forma de trabajar. La forma en la que ha parido casi todos los episodios de esa serie que le dio la fama, *El ala oeste de la Casa Blanca*, o la que más recientemente le consiguió algunas de sus peores críticas por su excesivo idealismo, *The Newsroom*. O esos otros guiones para cine como *El presidente y Miss Wade*, *Malicia*, *La guerra de Charlie Wilson*, *La red social* o *Moneyball: Rompiendo las reglas*. El método Sorkin es encerrarse en su oficina —o en casa cuando no hay nadie—, encender la televisión (“siempre en la CNN sin sonido, como si fuera parte del papel pintado”) y escribir. “Bueno, me paso mucho más tiempo pensando que escribiendo, paseándome, subiéndome por las paredes. Soy muy bueno para no escribir”, explica con más realismo que sarcasmo alguien que es conocido por sus tardanzas a la hora de entregar su obra. “Y son bastantes más los días que escribo mal que los que me luzco”, apunta sin falsa modestia uno de los ídolos de Hollywood, tan adorado como vilipendiado por un talante y una labia que es fácil leer como arrogante. Pero, como él mismo explica, cuando finalmente se pone a escribir, explota. Es la misma energía que se nota en sus diálogos, imparable; en su vocabulario, preciso y casi imposible de decir. Nadie habla así, lo sabe, y sin embargo, cuando se escucha su melodía, es perfecta.

Su motivación es siempre la misma. “Siempre me pregunto qué es lo que haría Shakespeare”, dice sin modestia alguna. Y así nacen sus *King Lear* o sus *Richard III*, personajes que le sirvieron de inspiración para contar la historia de Steve Jobs. O sus Quijotes, la semilla que le dio otro grande de la literatura como Cervantes cuando se sentó a escribir *The Newsroom*. O la biografía del fundador de Apple. “En cualquier loco, en cualquier visionario, hay algo de quijotesco. Aunque el caso de Jobs no es tan romántico. El sueño del Quijote nunca fue vender un ordenador a todos los mortales”, añade con un Mac en su mesa. Hay más influencias: Esquilo, el dramaturgo Paddy Chayefsky y el guionista William Goldman, al único al que todavía le da a leer lo que escribe. “Uno de los platos de ser escritor es que mejoras con los años. Como los directores de orquesta. Te vas depurando. Te tomas tu tiempo y sabes que puedes hacerlo mejor. Somos muchos los que estamos dando nuestros mejores guiones, por eso vivimos en la edad dorada de los guionistas. Es un buen momento para escribir”, asegura categórico y con satisfacción.

No siempre fue este su sueño. Su idea era ser actor. De ahí que este nacido en Nueva York hace 54 años se apuntara al departamento de arte dramático de su colegio. Desde que tenía cuatro años iba con sus padres al teatro y estaba fascinado por obras que no podía entender como *¿Quién teme a Virginia Wolf?* Pensó que le fascinaban los actores hasta que se dio cuenta que eran las palabras, música para sus oídos incluso cuando eran incomprensibles. “Ante todo me considero un dramaturgo por naturaleza. Es donde me encuentro más cómodo —intenta etiquetarse—. Y cuando escribo para cine o para televisión pretendo que estoy escribiendo una obra”. ¿Nunca se le pasó por la cabeza escribir una novela? Su rostro de pánico vale más

Los hitos del sorkinismo



Algunos hombres buenos. Filme de 1992 dirigido por Rob Reiner con guion de Sorkin a partir de la obra teatral. Drama judicial con Tom Cruise al frente.



El ala oeste de la Casa Blanca. Esta serie coral, que duró siete temporadas, mostró la maquinaria humana que rodea al presidente de EE UU (Martin Sheen).



La red social. Sorkin adaptó el guion en este filme de David Fincher en 2009 sobre Mark Zuckerberg (Jesse Eisenberg) y la creación de Facebook.



The Newsroom. La serie de periodistas, protagonizada por Jeff Daniels y Emily Mortimer, recibió críticas que precipitaron su final en 2014.



Steve Jobs. Sorkin es el autor del guion de este biopic sobre el cofundador e impulsor de Apple que protagoniza Michael Fassbender.

que mil palabras, aunque en este caso su labia está en forma. “No tengo ningún deseo de quitarles a los novelistas el pan de la boca, pero los guionistas somos los nuevos escritores, los verdaderos autores. Me alegro de que sigan existiendo literatos, pero estoy muy contento con la voz cada vez más clara de los guionistas”, sentencia. Esta no es la primera vez en la que sus palabras, siempre tan rotundas, le meten en problemas. Pero Sorkin no defiende su trabajo por egocentrismo, sino por solidaridad. Si hay algo que le gusta de ser guionista es la posibilidad que le ofrece de trabajar en colaboración. “Estoy ahí para hacer realidad la visión del director”, afirma sumiso y contradictorio, porque sus guiones, una vez escritos, son sagrados. “Es cierto que me gusta escribir solo porque siempre, siempre, siempre, interpreto lo que escribo. Pero también quiero estar seguro de que lo que escribo se puede decir. Las películas en las que trabajo siempre son mejores de lo que escribo. Y lo que escribo es bueno, pero me encanta lo que ocurre cuando trabajas en equipo y no en solitario. Por eso escribo guiones y no libros”, recapitula.

Otras cosas que Sorkin no escribe: en Twitter, Facebook o en cualquier otra expresión de las redes sociales. “Ciento cuarenta caracteres no me

No juzga a sus personajes. “Prefiero escribir de ellos en ese momento en que se presentan ante Dios para ver si entran en el cielo”

darian ni para empezar”, dice con humor. Se conoce y sabe sus pautas. Le gusta desarrollar historias que transcurran en espacios reducidos —un tribunal, los pasillos de una redacción—, a ser posible donde se vean las tripas de la bestia (entre bambalinas, en los vestuarios de un equipo de béisbol) y donde “literalmente”, como subraya, exista una lucha contra el tiempo. Todo eso no cabe en 140 palabras. Pero la verdadera razón es su desconfianza hacia un medio en el que además se vio ridiculizado durante el *Sony leak*. Su relación con la tecnología es de preocupación. “Veo a mi propia hija más preocupada por la imagen que da en la Red, un lugar donde la popularidad se puede medir en *me gustas*, que por su vida real”, dice. También le inquieta el anonimato de una conversación que por esa razón suele tornarse en “mezquina y verdulera”.

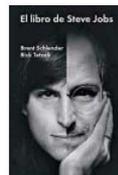
A Sorkin le gusta escribir sobre personajes que considera más listos que él. Como Jobs: como Molly Bloom, la reina del póquer de la que ha escrito un guion de 201 páginas que será su debut como director, o Lucille Ball, la reina de la televisión cuya historia también quiere llevar a la pantalla. Y sobre todo a Sorkin le gusta escribir sobre anti-héroes, personajes que nunca quiere juzgar. “Prefiero escribir de ellos en ese momento en el que se presentan ante Dios para ver si entran en el cielo”, resume, presentándose a la puerta de la sala de prensa de los Globos de Oro para ser juzgado. •

El jipi y capitalista Steve Jobs

Por Luis Perdiges de Blas

EN LOS CUATRO años transcurridos desde el fallecimiento de Steve Jobs ha habido inflación de publicaciones sobre su labor empresarial, lo que en cierta medida puede perjudicar a esta nueva biografía que no opta por la hagiografía. Schlender y Tetzeli exponen cómo Jobs creó Apple, su expulsión de la compañía en 1985, su regreso en 1997 para convertirla en la líder del sector, la fundación de NeXT y su labor en Pixar y en Disney. El libro se nutre principalmente del seguimiento que hizo Schlender de la carrera de Jobs desde la revista de negocios *Fortune*,

contextualiza la labor de Jobs en la industria de Silicon Valley y perfila las diferentes estrategias empresariales de Microsoft y Apple. Gates apostó por el *software*, ampliar la potencia de los ordenadores y crear un producto estándar. Jobs, en cambio, ofreció productos tan cautivadores como útiles, es decir, tecnología sofisticada y de fácil uso pensando en los consumidores, estética y *marketing*. Fue innovador no sólo en el sector de los ordenadores, sino también en el de la telefonía, los reproductores de música, las tabletas, las películas de animación, la comercialización y la publicidad. Estuvo orgulloso de que sus productos acabasen expuestos en museos de arte contemporáneo.



El libro de Steve Jobs

Brent Schlender y Rick Tetzeli

Traducción de Gabriela Bustelo, Alex Gilbert, Manuel Manzano, Luis Murillo y Victor Obiols

Malpaso

Barcelona, 2015

496 páginas

19,50 euros (digital: 7,99).

7,99).

Nadie se sorprenderá de que en una biografía sobre Jobs se destaque que fue talentoso, autodidacta, visionario e idealista. En definitiva, que vivió “arriesgándose a fracasar”, como dijo en una ocasión, o que percibió con claridad lo que no existía e imaginó lo que le faltaba a la realidad, como su esposa comentó en su funeral. La aportación de esta biografía radica en señalar que, a pesar de su talento natural, Jobs se adiestró en el oficio de empresario gracias a sus fracasos tras ser expulsado de Apple y, sobre todo, a su experiencia en Pixar, que compró a George Lucas. Tuvo que aprender a dominar su impaciencia, atenuar sus torpezas, trabajar en equipo y desenvolverse en el mundo de las finanzas. Su apuesta por artículos tecnológicos con una impecable estética y presentados como objetos de lujo se tuvo que complementar con una buena gestión y una capacidad para priorizar proyectos guiada por su buen olfato en los negocios.

La biografía también explora la contradicción entre la imagen *cool* de Apple y de Jobs con su terquedad, rencores y prejuicios, su presión a sus empleados y las implacables condiciones laborales impuestas en sus fábricas en China. En suma, indaga en cómo Jobs supo compaginar el jipi que llevaba dentro y su práctica del budismo con su defensa del capitalismo sin reservas. •